

Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

Cuántas y qué rotundas maravillas nos ofrece la naturaleza. Sólo basta tener un poco de paciencia, aguzar la vista, calmarse, respirar profundo, olvidar cualquier problema que nos aflija y aparecerá, como en una pantalla de cine que cubre de oriente a occidente, de norte a sur, las variadas formas y las muchas maneras que tiene para expresarse. Ríos caudalosos que serpentean por llanuras inmensas y que al recibir los torrentes de los deshilos de las montañas, juegan caprichosamente con las piedras y las arenas de su sendero. Lagunas cuyas aguas descansan plácidamente en el entorno de sus dominios, dentro de su líquido, multitud de peces juegan al rito eterno de la vida y la muerte. Y las selvas de las zonas calientes que abundan en árboles de múltiples ramas y de frutos y de flores que son el alimento sustancial de los primates y fuente de energía para los colibríes, y territorio primitivo de escarabajos, de ciempiés, de serpientes, de arañas, de hormigas, tejones, pumas, murciélagos y águilas coronadas que sobrevuelan las copas arbóreas en busca del alimento cotidiano. Y luego el sol que se levanta temprano y temprano empieza su ígnea labor, y allí, allá, vemos al astro seguir, terco que es, su línea curva en el espacio, rayos que lanza, rayos que traen contento y vida a las plantas, a las hojas, a las palmeras, a los árboles. Sí, la vida natural es bella. Cómo no va a ser bella si ese espectáculo, sabiéndolo ver, nos transporta a las mismas rutas del Edén. A todo esto, el ruido de las ramas, el silbido del vien-

to, el rayo del sol, el vuelo de los pájaros, el canto de las cigarras, el idilio de los colibríes, el rumor del río, ante eso, debo decir que mi pequeña choza, enclavada en el corazón del Darién, me permitía observar todos los movimientos de los monos aulladores, me dejaba sentir el recorrido del río que pasaba justo a unos metros de mi vivienda pastoril; y al elevar la vista veía el paso de las parvadas de los loros –relámpago de verdes infinitos–, y las nubes que se diluían en vapores, y más acá los árboles y las palmeras –recordé, ante tal muestra, los momentos que de seguro vivió Crusoe–. Aquella tarde había caído una tormenta que mojó las flores, los capullos, las aves y humedeció mi alma, mi cuerpo. Cuando dejó de caer la última gota, me tendí en la hamaca, relajé mis músculos, descansé mi espíritu y me dispuse a seguir el curso del vaho y ver el vuelo intermitente de la mariposa azul. Hubo un momento en que cerré mis ojos, cerrándolos se percibe con mayor claridad y precisión lo que a nuestro derredor acontece. Así permanecí varios minutos, así, ante ese letargo, distinguía todos los sonidos, los identificaba: el salto de una rama a otra de los monos, el zumbido de las alas del colibrí, las gotas



Carlos Bracho

que resbalaban de los hojas, el gutural canto del búho, el crujir de la hojarasca al ser pisada por el escarabajo, el zumbido de la abeja, el aletear del ave del paraíso... respiré, aspiré todo el aire que mis pulmones pudieran recibir. La calma era total. Es el momento en el cual viaja el pensamiento con plena libertad de acción, es estar sólo con la soledad de los árboles solos, es estar acompañado sólo por los guiños de las flores. Calma chicha, diría el marino en alta mar, paz y tranquilidad diría el hombre o la mujer acosada en la ciudad por los ostentosos ruidos de los autos, la explosión de los motores de los autobuses, el penetrante zumbido de los frenos de los taxis, la trompeta intermitente de la motocicleta. Pensando en esas minucias, mis oídos percibieron que algo o alguien emergía del río, que como digo, corría a unos metros de donde yo me solazaba. Puse atención, y si ya cerca de la orilla –yo permanecía con los ojos cerrados– alguien se dirigía hacia mi choza. Claro, me incorporé, volté hacia donde provenía el ruido y ¡oh! Sorpresa, ¡oh! Delirio, ¡oh! Astros del firmamento, ¡oh! Soles del universo, ¡oh! Grullas y loros parlanchines. Allí, como la Venus de Boticelli, Karla salía de la espuma del río. Claro, como en las novelas y los cuentos, me froté los ojos, sacudí la cabeza, practiqué dos saltos mortales, moví el cuerpo con energía, hasta creo que golpeé varias veces mi pecho, como gorila acosado en su terreno. Inútil, vanas esas expresiones, la realidad se imponía: era ella, ella entera, ella toda, ella y su sonrisa, ella y su canto, ella y su mirada de gacela, ella y su cuerpo que escurría el agua. Sí allí estaba ella, plena y pura. Su voz me trajo al mundo. Su voz me despertó de aquel letargo: –Ven, el agua está tibia, vamos a nadar, vamos jugar con los peces libertinos. No lo dudé ni un instante, arrojé la única prenda que cubría mi cuerpo –ella, la muy Karla estaba cubierta sólo por el ligero vaho del agua– y me lancé hacia sus brazos. No diré lo que hicimos en ese instante, no. No voy a descubrir como libramos la lucha tierna y fiera a la vez de dos cuerpos libres, ansiosos de vivir la vida en plenitud, no. No revelaré los detalles de lo que aconteció en el fondo del río, sólo diré que los peces hicieron un círculo constante y sus ojos, incrédulos, miraron las

piruetas marinas de dos, y esos peces lúbricos parecían aplaudir cada movimiento de Karla, parecían celebrar cada vuelta en redondo de mis piernas. Los peces recibieron una lección de amor. Los peces tuvieron una clase, completamente gratis, de lo que se puede hacer en las aguas que corren por entre las rocas y se diluyen entre las arenas del fondo. Los peces tuvieron esa tarde un espectáculo circense, y por lo que Karla y yo vimos, esos peces volverían a sus dominios para buscar, raudos, a sus parejas y ponerse a la tarea de vivir la danza ancestral de los seres vivos. Luego, sin salir jamás del río, Karla y yo nadamos muchos metros, evadimos las piedras y nos detuvimos ante las cascadas, regresábamos y damos giros. A todo esto, los peces nos seguían en las piruetas, nunca nos dejaron solos, fueron testigos de todo y todo es todo. Por fin cansados, extenuados por tanto ajetreo y movimiento lúdico, Karla y yo nos recostamos en la hamaca. Tal sería el cansancio que apenas nos habíamos acomodado, cuando el sueño nos invadió y Morfeo nos abrazó con tierna actitud. El sol huyó por el mismo lugar de siempre. La luna le siguió y ocupó su sitio en el firmamento, y las estrellas, por millares cubrían aquel cielo que aprobaba con certeza y gozo el gozo de dos, aparecían así de brillantes, así de felices porque habían contemplado, como los peces juguetones, el también eterno y siempre nuevo rito del amor de una pareja, las estrellas estaban sonrientes y nos lanzaban esas sonrisas aprobatorias. Los murciélagos aparecieron y pasaban por nuestra choza, como aplaudiendo, como diciendo que aquello que hicimos era la muestra perfecta de lo que las mujeres y los hombres del mundo debería de hacer para merecer el premio de las olas del mar, para obtener el reconocimiento de las nubes, para recibir los parabienes de los bosques, para obtener el beso del aire... sí, eso pasó. Al día siguiente –Karla ya se había marchado– a esperarla al caer la tarde, a mirar al río y esperar el aviso de los peces que me dirían que ella había llegado, y que era el momento de iniciar la danza de la vida entera... De veras. Abur. ■